

nos dió un espectáculo curiosísimo. Por la noche presentaba el río una superficie sólida de hielo, y por la mañana se veía una multitud de carámbanos flotantes de todos los tamaños y formas imaginables, que haciendo remolinos se chocaban con espantosa violencia y con un ruido que á nada puedo comparar.

Saludamos con mayor júbilo aquella perspectiva, porque nos daba esperanzas de nuestra navegacion inmediata, pero me abatió mucho el oír que uno ú dos vapores cansados de aguardar querían salir por la mañana. La idea de chocar á cada paso con aquellas islas flotantes debía asustar á cualquiera, y además me dijeron muchas personas que mis temores no eran infundados, y que habian sucedido varias desgracias, añadiendo que las masas de hielo que bajaban del río Miami, por cuya embocadura teníamos que pasar, podían detener nuestra marcha; en una palabra, esperamos con paciencia y prudencia, hasta que los prácticos en tales materias nos aseguraron que podíamos embarcarnos sin peligro.




---



---

## CAPITULO XVII.

Partida de Los-Cincinnati.—Sociedad del vapor.—Llegada á Wheeling.—Un ingenio.



Salimos de Los-Cincinnati á principios de marzo de 1830, y en mi opinion no habia uno solo en nuestra reunion que no experimentara un sentimiento de placer al embarcarse. Habiamos visto repetidas veces todas las extrañas variedades del pequeño mundo que formaba su sociedad, y nos habiamos divertido con su engreimiento, sus gustos y su tono, hasta que habian cesado de divertirnos. No habia loma, colina ó alto sano, breña ó roca, á donde no nos hubiesemos encaramado; no habia bosque ni maleza, cuyo sendero no hubiesemos trillado; así que nada dejamos en Cincinnati que sintiesemos haber perdido, exceptuando dos ó tres personas con cabezas y corazones que no pertenecen exclusivamente á pais ninguno, sino que se encuentran esparcidos en el universo



como para reconciliarnos con él. La pena que teníamos era no por salir del país sino por haber entrado en él; porque allí habíamos perdido la salud, el tiempo y el dinero.

Entramos á bordo del barco de vapor que debía conducirnos á Wheeling á las tres. Era un buque soberbio, el más hermoso que yo había visto. Las cámaras ocupaban la parte superior, y los pasajeros de cubierta, como ellos dicen, iban debajo. Había en frente de la cámara de las señoras un ancho balcon, protegido por un toldo donde habían puesto sillas y sofás, de modo que, á pesar de la estación, casi todas las mugeres pasaban el día en aquel sitio. El nombre de este magnífico vapor era la Lady Franklin. Diré de paso que una de las cosas que me solian divertir más frecuentemente es la afición innegable que manifiestan los Americanos á los títulos. Las mugeres de sus hombres eminentes reciben constantemente el de « Lady » (señora). Hai Lady Washington, Lady Jackson y otras muchas Ladies. Eternamente se les ve recurrir á sus títulos militares, cosa que no deja de hacer reir á los Europeos, porque recaen en mesoneros, verduleros y otros personajes de la misma laya. Creo sin embargo que el egemplo más notable de esa rabia aristocrática, lo observamos

en Cincinnati. Hablando Mr. Trollope de uno de nuestros vecinos, lo llamó simplemente Mr. M.

— « El general M—, señor, observó su compañero.

— Que perdone, replicó Mr. Trollope, pero yo ignoraba que sirviese en el ejército.

— No, señor, no sirve en el ejército, respondió el otro, pero ha sido agrimensor general del distrito. »

El tiempo era delicioso: habían desaparecido las señales del invierno y nos encontramos sobre las aguas del Ohio, subiendo su corriente y disfrutando de toda su hermosura.

Poco vimos ó nada de los pasajeros del buque, porque excepto los cortos momentos destinados á almorzar, comer y cenar con el silencio de una cartuja, momentos en que nos concedían la gracia de admitirnos á su mesa, no nos era permitido á las señoras el entrar en su cámara.

Nosotras teníamos decididamente la mejor parte de la Lady Franklin, porque poseíamos nuestro hermoso balcon; y á la verdad nuestra estancia era en todo y por todo mui superior á la del vapor que nos transportó de Nueva-Orleans á Menfis, cuyo camarote construido malamente debajo de la cámara de proa, parecia más que estancia para gentes un barril



de sardinas, donde nos habia embutido nuestra aciaga fortuna, debiendo permanecer en nuestro calabozo, « hasta que, como nos dió á entender el proveedor, nos llamara la campana del refectorio. »

La separacion tan mencionada de los sexos en ninguna parte es tan notable como á bordo de los barcos de vapor. Habia entre los pasajeros en esta ocasion un caballero y su muger que sufrían al parecer muchísimo á causa de tal disposicion. La pobre estaba casi imposibilitada de moverse, y él tenia con ella un esmero extremado, á lo menos en lo que permitia el reglamento del buque. Cuando el proveedor abria la puerta de comunicacion de las dos cámaras, y se nos permitia que nos acercáramos á la mesa, el marido de la enferma estaba siempre pegado á la entrada, para ayudarle á tomar asiento; y cuando la volvía á acompañar á su salida, se detenía un instante ó dos en el umbral prohibido, sin dejar el punto hasta que habia pasado la última muger. Una vez ó dos, estando todas las mugeres menos su esposa en el balcon, se aventuró á entrar en nuestra cámara y sentarse un momento junto á ella, pero luego que sintió que una de nosotras entraba, escapó como un criminal que procura esconderse.

Al referir las disposiciones particulares que

se creen necesarias para no herir la delicadeza de las señoras americanas, ó para la comodidad y regalo de los caballeros, no puedo olvidar un cuento que he visto en los papeles públicos sobre las visitas que el capitán Basilio Hall, segun pretenden, se empeñó en hacer á su esposa y niño á bordo de un vapor del Misisipi, despues de haberle informado que semejantè cosa era vedada por la lei. Yo sé por una casualidad que ni el capitán ni Mistress Hall entraron jamas en la cámara de las señoras en todo su viaje, porque ocupaban una estancia particular que habian alquilado para sí y su familia. La veracidad de los papeles públicos no es acaso la mas segura sea donde quiera, pero, si no me engaño mucho, los papeles americanos hacen circular mas mentiras, y mentiras mas gordas, que todos los papeles del universo juntos, siendo por supuesto Inglaterra y los Ingleses el manantial inagotable de materia para cuajarlas.

Mas volviendo á nuestro viaje; qué diferentes serian los que se hacen al otro lado del Atlántico, si pudiera introducirse allí otra manera de viajar! Serian excursiones, que en aquellos grandes y tranquilos rios ofrecerian mil delicias; excursiones que se emprenderian por placer para disfrutar de ellas. En el caso



mismo de no conocerse los pasajeros, la idea sola de que todos se reunian con igual intencion de comer, beber y pasar alegremente una semana ó quince dias, seria bastante para producir un efecto semejante á la propension social, que se nota en los moradores de otro cualquier pais.

Es cierto que los hombres no tardan en trabar amistad para ponerse á jugar, y nos dijeron que la ocasion de un viaje era tan halagüeña para satisfacer el vicio, que no salia buque alguno de Nueva-Orleans sin llevar á bordo uno ú dos caballeros de aquella ciudad, cuya profesion de tahures les hace aprovechar la mas bella oportunidad de egercerla con fruto. Esa es indudablemente una de las principales razones porque excluyen de su sociedad á las damas con tanto rigor, siendo otra no menos poderosa el continuo beber de los virtuosos republicanos, que á pesar de no pararse en escrúpulos para mascar tabaco y escupir incesantemente, prefieren en general empinar el codo y barajar reyes y sotas lejos de nuestra presencia.

Muchas veces solia divertirme en trazar allá en mi imaginacion la escena que á mi parecer habria presentado tan hermoso buque en Europa. Convertia yo la vasta y soberbia cámara

de los caballeros en salon de baile, y la de las señoras con su delicioso balcon en sala de refresco : no estaban los pobres pasajeros reducidos á vivir como reclusos; en lugar de un refectorio donde cada cual tragaba triste y silenciosamente lo que su gallillo le permitia tragar en diez minutos, habia divertidos banquetes, cenas alegres, almuerzos elegantes; y la brisa de la noche llevaba á las apartadas márgenes del rio los dulces ecos de una voz melodiosa ó las cadencias de armoniosos conciertos. Pero cuando estaba mas embebecida en tales ilusiones, el chirrido ingrato de la máquina me volvia á la realidad, convenciéndome de que en el Ohio, cuando las sombras de la noche cubren las selvas y colinas, y borran de las aguas sus invertidas imágenes, no hai mas remedio que el de amortajarse en un camarote, y procurar dormirse al arrullo del hervor de la caldera y de los golpes de las ruedas.

Tres dias duró nuestra navegacion, y llegamos á Wheeling sobre las dos de la mañana, hora incomodísima para desembarcar con un equipage demasiado voluminoso; pero teniendo el vapor que volver á ponerse en marcha inmediatamente, nos proporcionaron un carretón, y en pocos instantes nos hallamos sentados á la chimenea junto á una buera:



lumbre en una posada vecina al desembarcadero. Nuestras habitaciones estuvieron dispuestas inmediatamente, encendidas las chimeneas, y servida una ligera colacion, notándose en los criados el esmero y atencion que distingue los estados donde hai esclavos. Al hacer esta observacion, estoi mui lejos de abogar en favor del sistema de la esclavitud : en mi opinion es un sistema tan erróneo en su principio como reprehensible en su aplicacion; pero me parece, por lo que he visto, que su influencia es mucho menos perjudicial á las costumbres y la moral de la sociedad que las ideas engañosas de igualdad que tanto lisonjean el amor propio de las clases trabajadoras de la poblacion blanca americana. Que esas ideas de igualdad no son mas que sofismas especiosos, se prueba á cada paso, porque á cada paso se ve que el hombre que tiene *dollars* manda con el imperio de un señor al hombre que no tiene *dollars*, si bien este sirve siempre con repugnancia y por fuerza, como aquel exige de fuero y con altivez; por lo que ni el uno muestra el buen semblante de una resignacion contenta, ni el otro manifiesta el agrado de un interes afectuoso. La diferencia es tan palpable que yo nunca he dejado de notarla al entrar en un estado donde hai esclavos : allí á lo menos me hallaba cómoda

y satisfecha desde que entraba, y ni los que me servian ni yo tuvimos que arrepentirnos en nuestras relaciones de la falta de la decantada igualdad.

No concebí yo bien la influencia de la esclavitud sobre los que poseen esclavos, hasta que tuve ocasion para observar mas menudamente sus relaciones particulares. Confieso que cuando la conocí, no pude menos de pensar que los ciudadanos de los Estados-Únidos, habiendo conseguido con su alquimia política extraer todo lo mas nocivo de la democracia y de la esclavitud, han infundido esa mezcolanza extraña en la misma médula de la organizacion moral de su pais.

Wheeling está en el estado de Virginia y parece ser una ciudad floreciente. Es el punto en que los mas de los viageros del Oeste dejan el Ohio, para tomar las diligencias que van á las ciudades atlánticas por el camino de las montañas.

Tiene muchas manufacturas, y entre otras una para soplar y tallar cristal, la qual visitamos. Los obreros nos aseguraron que los artículos que salian de sus manos no tenian iguales en el mundo; pero mis ojos me impidieron el creerlos.

Sus obras de cristal tallado aunque bien acabadas, no llegan ni con mucho á las que ve-



mos diariamente en Londres; mas el principal defecto de ellas consiste en el material que nunca se ve enteramente libre de color: observacion que habia hecho ya con el cristal de Pittsburgo, pareciéndonos siempre que el trabajo empleado era mayor de lo que el cristal merecia. Nos dijeron tambien que hacian progresos rápidos en el arte, lo que no dudé fuese verdad.

Wheelinga nada tiene en punto á hermosura que la distinga, sino es el siempre encantador Ohio, á que dimos aquí nuestro á Dios, y una hermosa colina que se levanta inmediatamente detras de la ciudad. Esta y las demas colinas de las cercanías sirven de minas de carbon, cuyas galerías son horizontales, y dan un producto bastante bueno: el carbon arde bien, pero hace una ceniza mui negra y mui sucia.

El coche en que pensabamos haber ido á Washington la Chica estaba tomado, y teniamos que esperar dos dias hasta que volviera á salir. En cuanto á postas, ni siquiera han oido hablar en aquel pais de semejante cosa, y el correo anda toda la noche, lo que me pareció demasiado incómodo; por lo tanto nos vimos en la necesidad de pasar dos dias en la posada de Wheelinga.

No sé como hubieramos sobrellevado este nuevo contratiempo, si nuestra buena suerte

no nos hubiera deparado el encuentro de un *bel-esprit* entre los pensionarios de la posada. Al otro dia de nuestra llegada, bajamos por la mañana, un poco antes del almuerzo, al salon comun de pasajeros, porque todas las demas piezas de la casa eran dormitorios. Fueron entrando varios individuos hasta formar una reunion de ocho ó nueve, y cuando volvió á abrirse la puerta, apareció una muger, que habria sido á la verdad hermosa en su tiempo y que, como se veia claramente, aun se juzgaba tal. Era alta y bien formada; iba vestida de negro con muchos pelendengues; una toquilla encarnada quebraba la tinta sombría del traje, y por último, coronaba la parte posterior de su cabeza un bonete ó turbante pequeño mui garifo, de donde salia con profusion la cabellera negra natural ó contrahecha que adornaba su frente, dando el toque de remate á su cara dos mui decentes plastas de arrehol, que aumentaban su aire presumido y singular. Hubiera sido imposible no haber fijado la atencion en ella. Hablaba con fluencia y sin la reserva americana: mi curiosidad era grande, pero no podia adivinar quien y qué pudiera ser; pues yo estaba segura de que no era una señora, en el sentido ingles de la palabra, ni tenia la mas leve apariencia de una Americana



de asiento, como ellos llaman. Poco despues entró una jóven mui linda de diez y siete años que la llamó «Ma,» y ambas se pusieron á hablar en particular acerca de ellas y de sus negocios de una manera que aumentó mucho mi curiosidad.

Acabado el almuerzo, me senté junto á ella con ánimo de entablar conversacion, para distraerme un rato, y no solo no la encontré esquivada, sino que al momento me puso en la mano su targeta, anunciándome que enseñaba el arte de pintar sobre terciopelo con todas sus ramificaciones.

Me aseguró que nadie poseia su habilidad, que ella y su hija eran las únicas poseedoras del secreto, las solas que podian enseñar ese inestimable ramo del arte; pero que no rehusarian el comunicar sus conocimientos por veinte y cinco pesos, enjaretando su retahila con una volubilidad extraordinaria.

En cinco minutos mas me informó de su categoría de *muger de letras*, me dijo que era autora de las sátiras mas picantes ó, segun su expresion, mas cortantes de la lengua, y en seguida me presentó un papel que contenia el prospecto, como ella lo llamaba, de una novela construida conforme á un sistema enteramente nuevo. Yo tuve la extraña tentacion de

preguntarle si empleaba el vapor; pero no me dejó tiempo para tomar la palabra, porque continuando la *autobiografía* que habia empezado tan generosamente, dijo: «Yo solia escribir contra toda la faccion de Adams.... Ahora iré arriba en un momento y os bajaré mis artiras contra aquel bando.... Pero ¡ai señora de mi alma! ¡qué país este! En realidad es espantoso el ver como se menosprecia aquí el talento. Sí señora; yo sé bien lo que vais á decirme: me direis que no sucede asi en el vuestro. Lo sé, lo sé; pero ¡ai! ¡la Atlántica!.... Sea lo que sea, debo deciros en realidad como se me ha tratado: no solo he publicado las *sartiras* mas mordaces contra la faccion de Adams, sino que he escrito canciones y odas en honor de Jackson; y mi hija Cordelia cantó una cancion magnífica de mi composicion delante de ochocientas personas, cancion escrita toda y enteramente en su elogio; y ¿quereis creerlo? pues ni siquiera ha echo alto en mí, ni me ha enviado la mas leve remuneracion. Pero ¿pensais que yo se la perdonaré? ¡No! yo le prometo que se acordará de mí. La novela que acabo de mencionar empezó como un romance sentimental, (que ese es tal vez en resumidas cuentas mi gran fuerte), mas ahora que tan justamente



me hallo resentida por haberme provocado en Washington, lo he convertido en una novela *sartirico* á que doi el título de *Yankee Doodle Court*. Entre paréntesis, señora mia, si pudiera yo resolverme á cruzar el terrible Atlántico, no dejaria de ser recibida en palmas, despues de publicar mi *Yankee Doodle Court*. »

Yo me aproveché de una ligera pausa para preguntarle á qué partido pertenecia desde que habia adjurado los de Adams, y Jackson.

« ¡ O ! ¡ Viva Clay ! ¡ Viva Clay ! ese sí que es un verdadero republicano ; los demas son tiranos ni mas ni menos. »

Cuando volví á entrar en el salon, vino de nuevo á mí para lamentarse del gusto degenerado del siglo.

« ¿ Querriais creerlo ? exclamó ; pues yo tengo en este momento una comedia dispuesta para la representacion : la titulo *El Filósofo loco*. Es una pieza verdaderamente admirable, y si yo pudiera hacerla representar, obtendria infaliblemente la aprobacion de todo el mundo. Yo os aseguro que la indiferencia con que tengo que luchar, raya en una completa persecucion ; pero yo he encontrado el modo de vengarme, y de hacer mi fortuna : la *sartira* ( como pronunciaba constantemente sátira ) la *sartira* es el arma única con que puede casti-

garse el menosprecio, y yo puedo lisonjearme de saberla manejar. Hacedme el favor de mirar esto. »

Y me regaló un panfletejo, cuyo precio me dijo era cincuenta cientos, (\*) los que le pagué inmediatamente por adquirir mi derecho indisputable de propiedad sobre aquella obra maestra. La composicion era tal cual yo me la habia imaginado de antemano, solo que ví en ella que si su lengua atormentaba el pobre idioma ingles, su pluma lo asesinaba. El epígrafe que tenia con la clasificacion de *original* era como sigue :

« Tu popularidad va declinando,  
Tú has tenido tu triunfo y voi ahora triunfando. »

Estos dos versos son una muestra favorable de los versos, pensamientos y lenguaje de la fatal *sartira*.

En una conversacion posterior me descubrió otra habilidad, informándome de que habia representado el papel de Carlota en la comedia de *El Amor al uso*, cuando el general Lafayette honró el teatro de Cincinatos con su presencia.

Aquí paraba el catálogo de sus glorias, y yo sacaba en consecuencia que mi nueva amiga

(\*) Medio duro de nuestra moneda.



era una cómica de la legua; pero como si hubiera adivinado mis pensamientos, añadió: «Era una sociedad téspica (reunion de poetas y no de cómicos) la que representó delante del general.»




---



---

CAPITULO XVIII.

Viaje á las Montañas. — Visitas de los Aleghanies. — Haggerstown.

El tiempo fué severo y desagradable durante los dos dias que tuvimos necesidad de permanecer en Wheeling. Yo estaba cansada de todas veras de mi compañera de viaje, á pesar de sus eminentes talentos. Habiamos andado todos los vericuetos del fragoso monte que sirve de respaldo á la ciudad y emprendí mi expedicion á las montañas, con mas placer que en general se siente, al dejar la almohada antes de romper el dia por el frio rincon de un chirion descomunal.

Esta era la primera vez que entrabamos en una diligencia americana, aunque habiamos atravesado sobre dos mil millas de territorio, asi tuvimos la satisfaccion completa de apurar hasta las heces el vaso de amargura del viajero que no está acostumbrado á tales comodidades. El venturoso coche no tenia ni asómo de estribo, y tuvimos que encaramarnos